

Felices los padres y madres decididos

BRUNO FERRERO

En muchas familias de hoy se tiende a conceder todo, quizás porque los padres están cansados de luchar y de decidir, porque eso implica esfuerzo y preocupación. Y esfuerzos y preocupaciones ya hay bastantes... Muchas veces los padres amenazan a sus hijos. Pero muchas veces, también, estas amenazas no se cumplen. La educación es también saber decir no... La educación exige padres con decisión.



Ser padres decididos es saber actuar con decisión y coherencia, es saber decir lo que se piensa y es saber pensar lo que se dice.

“Mis padres me dijeron que, si no mejoraba las notas, no me darían permiso para salir durante un mes. Cuando el otro día llegué tarde, se pusieron a gritar desafortunadamente, pero después no cumplieron las amenazas. O no me dejaron salir por una o dos tardes, pero al poco tiempo se olvidaron”. De esta manera, los hijos aprenden que las palabras de los padres no significan nada.

SER DECIDIDOS, SER FLEXIBLES

Quizás sea necesario comenzar reflexionando seriamente sobre lo que significa ser adultos. A nadie se le piden convicciones “intocables”, pero hay que ser capaces, por lo menos, de dar un mínimo de coherencia a la propia vida, de estar dispuestos a una búsqueda constructiva de lo verdadero, de lo justo, de lo bueno; de saber aproximarse a la realidad

con humildad y determinación; de irse capacitando para enfrentar positivamente las diversas situaciones de la vida.

Ser padres decididos es saber actuar con decisión y coherencia, es saber decir lo que se piensa y es saber pensar lo que se dice. Incoherencia y flexibilidad son realidades diferentes. Cuando los padres son flexibles, pueden ser tiernos, adaptables e indulgentes. Pero si son incoherentes, no son confiables. Cuando los padres dan una orden sin pretender ejecutarla, no merecen que se les siga prestando atención. Con frecuencia, los adultos ni siquiera nos damos cuenta de nuestras equivocaciones. Es fundamental que, especialmente los adolescentes, sepan que pueden tomar en cuenta las palabras de los padres, cuando

prometen y cuando amenazan. Esto les permite establecer una relación basada en la confianza y les transmite una sensación de certeza, de confianza y de seguridad.

Los padres tienen que comunicar y encarnar los valores en que creen. Los adolescentes y jóvenes de hoy son iguales a los de las generaciones anteriores. Pero viven un mundo diferente, en el que los adultos no están seguros de sus convicciones. Los hijos estarían más seguros de sus valores si los adultos lo estuvieran de los suyos. El primer principio de un método educativo basado en la decisión exige padres capaces de comunicar y encarnar los valores de la vida, padres con claridad respecto a sus propios valores y con capacidad de presentarlos a sus hijos. Muchos adultos no saben cuáles son sus va-

lores, especialmente los que tienen que ver con cuestiones que influyen notablemente en los jóvenes. No se puede pretender que los hijos vivan responsablemente el pasaje de la adolescencia a la juventud y a la vida adulta, si no se les dan elementos claros sobre las dificultades y los peligros que van a enfrentar.

Los padres tienen que tomar decisiones claras. Mucho mejor si esas decisiones son explicadas y acordadas. Una familia se gobierna bien cuando ambos padres, o alguno de ellos cuando las circunstancias lo requieran, se animan a hacer de brújula e indicar la dirección a tomar. Desde hace años se ha venido afirmando el miedo a traumatizar a los niños si los padres actúan de manera un poco dura y determinada; un temor sostenido por posiciones psicológicas faltas de equilibrio y sentido común. El "principio paterno", con olor de autoritarismo, se ha ido eclipsando cada vez más, hasta casi avergonzarse de existir, en una sociedad donde la imposición de reglas "desde arriba" se ha convertido en algo políticamente incorrecto.

Los padres trastornados por esta tendencia tienden cada vez con mayor frecuencia a homologarse, a hacer de "mamis". A veces pueden hacerse hasta más realistas que el rey, es decir, más temerosos y protectores que las mismas madres. O pueden elegir, inconscientemente, alejarse, meterse en su trabajo y desinteresarse de la educación emocional de sus hijos, ante quienes han ido perdiendo progresivamente legitimación.

**PONER LÍMITES...
PROMETER... CUMPLIR.**

Los hijos quieren límites. Y los necesitan. Aunque difícilmente lo reconozcan. Los límites crean el orden que necesitan, les dan seguridad y protección. Hay que establecer las reglas -ojalá escuchando sus suge-



BSCAM

Los hijos quieren límites. Y los necesitan. Aunque difícilmente lo reconozcan.

rencias- y aplicarlas con coherencia, modificándolas a medida que los hijos crecen y van madurando. Muchas veces, por temor a ser duros con sus hijos, los padres no los educan a saber interpretar los límites, las frustraciones y las dificultades. Las consecuencias de esta conducta pueden ser desastrosas.

Cuando las reglas no se cumplen, hay que aplicar las consecuencias. Eviten reprochar, insistir, amenazar o hacer continuas reprimendas. Actúen. Si los hijos llegan una hora después de la establecida, no le hagan un discurso paternal sobre la puntualidad y la responsabilidad, ni les digan que los han desilusionado. Limitense a lamentarse de que no podrán salir el próximo fin de semana.

Muchos adultos sustituyen las acciones con palabras ineficaces. Y antes de aplicar las consecuencias, repiten los viejos "ritornelos" generacionales: "¿Cómo puedes desilusionarnos así?", "¿Cuántas veces tenemos que decirte que...", "Si quieres comportarte como un niño, te trataremos como tal", "¿Te das cuenta del

disgusto que das a tu madre -o a tu padre-?", etc. Estos comentarios son absolutamente inútiles. Más que corregir un comportamiento, generan vergüenza y alienación. Son un pretexto para no hacer nada y dejar de intervenir. Sería muy bueno desterrar del vocabulario de los padres estas fórmulas superadas.

Los padres y madres no pueden hacerlo solos. En el pasado, la cultura sostenía los valores fundamentales que las familias transmitían a los hijos: el respeto, la fe, la fidelidad, el compromiso. Hoy los padres y madres no encuentran el mismo apoyo para los valores que quieren enseñar a sus hijos. Están solos y aislados. Por eso, es más importante que nunca que la familia tenga el apoyo de personas que comparten los mismos principios y expectativas. Se necesita una nueva alianza entre familias y comunidades -la escuela, la parroquia, el oratorio- para que todos cooperen para educar con serenidad y conocimiento a los hijos y para orientarlos por el camino que les permitirá llegar a ser adultos responsables